

# EL ECO DE ITÁLICA

CORRE una raya ideal en el mapa de España, bajando de norte a sur en el flanco del poniente o casi, que se acompasa a la gradación de los termómetros meteorológicos y a otros cambios lentos, patentes o muy sutiles. Se la puede imaginar arrancando en la crestería de Covadonga hacía las cumbres de Pajares; luego los alcores de León, dehesas de Zamora y Salamanca, vegas de Extremadura, así hasta llegar al mar de Huelva. Pongamos mar de la Rábida; por abrir y cerrar con símbolos.

Hay mucho que andar y ver en este camino, cuyo nervio principal coincide en buena parte con el llamado, en la cartografía turística, «Ruta de la Plata»; pero yo he preferido de parada y fonda a Santiponce (villa y municipio de España, provincia y partido judicial de Sevilla, 3.421 habitantes) O sea a Itálica (ciudad romana, de la Bética, vecina de Híspalis). No es la primera vez, pues uno ama las rutinas así; y sé que no soy solo en sentir la atracción misteriosa, turbadora, de una noche en estos lugares.

-Vengo todos los años -me hablan con acento americano de muy arriba-, me gusta ir viendo cómo marcha esto.

«Esto», quiere decir los trabajos. La excavación. La búsqueda. El sondeo del tiempo perdido. Hombres de ciencia (y alguna mujer de ciencia, que el lector hará bien en -imaginar joven y guapa) se afanan sobre la antigua ciudad de Trajano -militar- y de Adriano -más bien poeta: humanistas y urbanistas los dos. El empeño no es de ahora, porque ahí está el largo fruto de las termas y el anfiteatro, las esculturas de Diana, los bronceos elocuentes. Pero sí se advierte un interés renovado, que acaso esté anunciando emocionantes sorpresas.

Dicen que la desgracia de Itálica, que empezara con los bárbaros y los árabes, prosiguió a lo largo de tiempos no tan remotos, y aún es casi ayer cuando otros colonos encontraron habitación sobre el esplendor dañado. Cuentan que hace sólo doscientos años los magistrados de Sevilla mandaban «aprovechar» los materiales de derribo del anfiteatro. Aseguran que soportando casas del pueblo actual duermen y esperan mosaicos que pueden ser millares, trabajo para varias generaciones de arqueólogos...

Está bien. Pero por encima -o por debajo- de los informes, la noche primeriza en

el verano del sur reúne el rumor de una ciudad extensa que quisiera hablarnos, y no sólo por lo lírico («Eco reclama Itálica en la hojosa/selva que se le opone, resonando...»), sino con el ejemplo de sus virtudes y sus yerros: aquellas para que nos sirvan, éstos para que no volvamos a tropezar. Y hasta cabe pensar que estas ruinas aprisionadas clamantes y reclamantes por su liberación, sugieren la esperanza de que el dogma de la resurrección de la carne valga para las piedras, y más cuando fueron hermosas, y con injusticia sacrificadas...

Metafísico estoy. Sobre los campos de soledad -mustio collado-, el plenilunio de junio. De Juno.

### **El riesgo de juzgar**

Con ese afán acaso vano que suele ponerse en decir a un artista plástico «el Cordobés de la pintura» o «Giralda de Castilla» a la torre principal de Rioseco, hay quien alude a Juan Carlos Onetti como el Solzenitsin de America del Sur.

Sobre el autor archifamoso del Archipiélago ya se ha opinado bastante, y con menos entrega incondicional en cuanto pasaron los primeros y fervorosos momentos. Onetti, francamente, nos parece otra cosa. Es probable que sus encarceladores le tuvieran ganas, y que le reciente prisión por unas semanas se haya basado no más que en un pretexto. Pero el pretexto se las trae. Y vale una meditación. Hasta hoy, los jurados literarios de por allá corrían el riesgo, como los jurados literarios de por acá, de ganar un amigo dudoso y varios enemigos seguros. Ahora, además, nuestros hermanos de sangre, lengua, etcétera, habrán de mirarse en el espejo del triste y un tanto ceniciento autor de «El astillero». A quien no prendieron por autor; que esta sería una consecuencia, si injusta, coherente. Ni por editor. La policía de Uruguay, ¡ay!, echóle mano por mérito juzgador en un premio de cuentos, donde salió triunfante «El guardaespaldas» luego techado de relato contrario a la moral y buenas costumbres.

¿Se trataba, realmente, de un cuento pornográfico? Las libertades que se toma un escritor son tolerables o no en función de los niveles cotidianos de la sociedad que recibe el mensaje. Hoy se publican textos que hace unos años serían anatema. Pero es que hace unos años, las mismas lectoras acostumbraban -por ejemplo- otras líneas de flotación para su pudor indumentario. Y en todo caso, he aquí un gaje del oficio. Quiere decirse, del oficio de escritor. Repercutirlo en el más inocente, y neutral, de jurado, raya en la virguería.

Menos mal que el curioso expediente, que nosotros sepamos, no ha pasado el

charco en exportación hacia nuestros predios. Sería macanudo, como dicen allá, que además de deshacerse uno los ojos leyendo prosas o versos mal mecanografiados (y cobrando poco) se fuera a jugar una temporada a la sombra.

## **A las 5 de la mañana**

La suave y amorosa facultad de dormir empieza a hacerse problemática con los años. A cierta altura de la cronología personal, ya no duerme quien quiere, sino quien puede. Hay ayudas químicas, naturalmente. Yo prefiero las simples enseñanzas que a cada cual le depara su propia experiencia. Por ejemplo, aceptar la vigilia en santa conformidad, incluso ayudándose con una ligera dosis de ironía. Entonces resulta que también ese tiempo blanco, gratuito, puede aprovecharse.

Por esta convicción o porque el diablo cuando no sabe qué hacer, con el rabo se espanta las moscas, he dedicado la última madrugada a «participar» en serios problemas que me acercaba la radio francesa. Era un consultorio. Sentimental. Encontré justa y desgarradora, la preocupación de una dama por su perrita «Priscilla». «Priscilla» es joven, tímida, menuda. Y «caline», que debemos traducir por dulce y acariciante. Pero, oh desgracia, se pirra por los perros grandes, desproporcionados en el amor. La radio, ese medio de expresión impagable, insustituible (por si mando este articulín a un concurso) acudía en auxilio de la angustiada señora. Pues en la otra punta del coloquio ya estaba un caballero, atento al lance y no por generosidad sino por lícito interés: Él es dueño de «Pilou», un perro afable, comedido en sus pasiones más sin caer en perro mariquita, con los papeles sanitarios en orden. Hubo un arreglo rápido, entusiasta. La locutora, con voz también «caline», felicitaba y se felicitaba a sí misma. Estaba clareando un día dichoso.

Yo vi que en el fugaz episodio canino se brindaba la simiente para un trabajo filosofal sobre la incomunicación humana, en la evidencia de tantos millones de seres que a esa misma hora, en todas las partes del mundo, quisieron hacer conexión con sus compañeros ideales y respectivos. Pero no trabajo el ensayo profundo. Y además, me dormí.

**Antonio PEREIRA**